Relato Finalista .

**MARINA MONTERO AGUIRRE**

 “El camino de Lucía”

Pronto había caído la noche y era fría, despejada, preparándose la helada que habría de caer sobre los campos castellanos, y es por eso que los peregrinos se habían refugiado a cubierto en el albergue, sentándose junto a la chimenea y animándose por el sencillo método de contarse anécdotas y retazos de su miseria. Especialmente bienvenida era la presencia de un joven de aspecto delicado que conocía canciones y rimas populares con las que entretener a sus compañeros de camino, y que había ido desgranando su repertorio ante la atenta mirada del mesonero que en aquel momento cuidaba del orden en la sala.

––¡Una más, una más! ––pidió uno de los caminantes y el joven, si bien evidentemente cansado, accedió con un gesto de su cabeza.

––Bien está, pero será una rima breve y será la última ––avisó antes de ponerse en pie y entonar con soltura––:

“Cuentan que la luna

sola sentíase allá arriba

y por tal motivo aparecieron

las estrellas a hacerle compañía”.

Fue recibida con risas la estrofa por los allí presentes, con la excepción del mesonero que cruzó mirada con el joven antes de decirle:

––Ven, anda, deja que te enseñe tu habitación antes de que se te desgaste la lengua.

Y si a alguno de los allí presentes les llamó la atención que ambos, mesonero y joven, se echaran por encima el capote y salieran a la calle, nadie osó decir palabra.

Juntos rodearon el edificio al abrigo del muro y juntos se llegaron al Hospital de enfrente, al que accedieron por una puerta lateral, guiando el mesonero al joven hasta una estancia que de consulta poco tenía y sí de despacho bien ordenado. Allí le indicó que esperara.

Ante la luz suave de las velas, y en la soledad, pareció cambiar el joven pues se suavizó su gesto y expresión, se dulcificó su mirada y se flexibilizaron sus movimientos, y para cuando la puerta se abrió de nuevo para dar paso a la Condesa de Haro, ya no había engaño posible.

––Mi señora ––dijo la muchacha, haciendo una reverencia.

––Bienvenida seas de nuevo, Lucía ––respondió la Condesa tendiéndole la mano e instándola a levantarse––. Toma asiento, por favor, y dime, lo primero, si ya has cenado.

 ––Así es, señora, cené con los demás peregrinos antes de venir y así no levantar sospechas.

––Bien me parece. Procede pues a contarme ¿Quién precisa de mi ayuda como para que hayas utilizado la clave propia de las emergencias?

Lucía se recostó en su asiento buscando las palabras adecuadas. No importaba cuántas veces se encontraba en presencia de la Condesa, su sola persona le imponía, incluso más que la de la Reina Isabel, con quien también había tenido que entrevistarse ya en varias ocasiones.

 ––De emergencia se trata, señora, pues tiene únicamente trece años, su padre acaba de enviudar y solo le queda de casar esa hija pequeña y el hombre con quien la quiere desposar le dobla la edad. Gadea es su nombre y no se halla lejos de aquí, más concretamente en el Hospital del rey en Burgos donde me contactó una de sus hermanas. Allí mismo la conocí antes de encaminarme hasta aquí.

––Ya veo. ––La Condesa reflexionó durante unos instantes––. ¿Se trata de una joven pequeña y delicada tal vez?

––Al contrario, señora. Es alta y de complexión fuerte, además sabe montar a caballo porque tiene como obligación ir al mercado. ––Hubo un breve silencio––. Claro que solo tienen un pequeño burro en su casa.

––Bien está, porque creo haber oído que aquí cerca de Medina busca un herrero un aprendiz y podríamos hacer de ella el perfecto candidato para el puesto.

––Sería adecuada para ello ––convino Lucía, y pareció dudar sobre si añadir algo.

––¡Dilo ya, es tarde y debes retirarte pronto! ––Se burló la condesa ante el titubeo de la muchacha.

––Tan solo es… ––respondió la joven enrojeciendo–– que su padre pretendía realizar el matrimonio tan pronto como fuera posible y únicamente la justificación de su hermana de que la prepara para ello lo retrasa por lo que…

––Entiendo, Lucía ––le interrumpió––. Mañana al alba mandaré recado para asegurar la existencia y disponibilidad del puesto y tan pronto tenga confirmación de ello pondré en marcha el procedimiento habitual.

 ––Gracias, señora.

 Tras recibir esta garantía ambas mujeres se relajaron en sus sillas y en silencio pasaron unos minutos hasta que la Condesa habló de nuevo.

––¿Qué noticias me traes de mis otras protegidas?

Lucía se echó hacia delante en su asiento, apoyó los codos en las rodillas y refinó con voz alegre.

 ––Juana ha ascendido y recibe ahora el doble de salario que cuando comenzó. Al parecer su habilidad para curtir y dar forma al cuero ha hecho famosas las sillas de montar de su taller por todo León. Elvira está aprendiendo a hacer guarniciones para las espadas, me dio tantos detalles en mi última visita que temí acabarán encontrándonos mientras me los narraba.

 ––La recuerdo ––asintió la Condesa, sonriendo ante la emoción que transmitía Lucía.

 ––Cristina sigue como aprendiz de orfebre en el mismo Burgos y seguro que ya sabéis que su maestro la descubrió.

 ––Lo sé y yo misma me encargué de hacerle una visita para asegurarme de que el maese tenía la reacción correcta. Me pareció un hombre sensato… ¿acaso ha cambiado algo?

 ––No señora, de hecho le está enseñando a leer y escribir y no creo que pase mucho tiempo antes de que tenga que renunciar a la identidad de Diego para volver a ser ella misma.

––Si así es, me alegraré por ella ¿Y qué hay de ti misma, Lucía?

––Yo soy feliz así, señora, y con su permiso y de nuestra Reina espero poder seguir sirviéndoles de correo y enlace durante muchos más años a lo largo de todo el camino.

––¿A pesar de los recorridos solitarios y las noches heladas?¡ ––No son los solitarios caminos los peligrosos, si me permite decirlo, y siempre se me suministró de buena ropa de abrigo.

––Bien está. ––Concluyó la entrevista la Condesa, poniéndose en pie––. Mañana podrás partir con la tranquilidad de saber que el futuro de la pequeña Gadea queda en buenas manos,… espero. Si ves a nuestra reina, antes que yo misma, transmítele mis saludos y mi satisfacción por el desarrollo que este nuestro plan está teniendo.

 ––Así lo haré, mi señora. ––Respondió Lucía cubriéndose para volver a salir a la noche helada y despidiéndose con una reverencia.

 Tras su partida, Doña Mencía de Mendoza permaneció un momento sola junto al fuego. Después, con una sonrisa pensativa, sopló ella misma las velas y abandonó la estancia para volver a sus aposentos.

Relato Finalista

**ANA MARTÍNEZ-ACITORES GONZÁLEZ**

 Amaneció una gélida mañana de invierno de 1497. Al exterior, la nieve cubría con su manto níveo y brillante las calles y tejados de los alrededores. Incluso los pináculos de la catedral se advertían blancos desde la lejanía. En el interior, el fuego de la chimenea de piedra, decorada con los escudos de los Velasco y los Mendoza, crepitaba con fiereza y el calor se concentraba en la sala, resguardada del frío invierno burgalés gracias a aquellos ricos paños que vinieron de Flandes colgados de las paredes.

 Una anciana doña Mencía, ya viuda y en el ocaso de sus días, bordaba a la luz que entraba por uno de los grandes ventanales de palacio. Su ánimo seguía siendo fuerte y ni siquiera su escasa visión, ni el tremolar de su pulso frenaban su voluntad. Su empeño en el bastidor se veía distraído por el ajetreo más allá de la vidriera. Carros de caballos entraban y salían continuamente. La plaza estaba repleta de un gentío que se movía de forma sincronizada como lo hace una bandada de golondrinas. Todos parecían marionetas a las órdenes de una mano ejecutoria, con un objetivo nada baladí. Doña Mencía se entretenía con este espectáculo a la par que bordaba en su bastidor hasta que llamaron al enorme portón de madera de roble que guardaba su intimidad. Catalina, la más cómplice de sus damas de compañía, no tardó en doblar su cuerpo hasta adoptar una posición de reverencia. Los nudillos que al golpear el roble macizo interrumpieron la calma de la cámara principal de palacio merecían tal sumisión: era la reina Isabel.

 El semblante de su Majestad, siempre impertérrito e inexpresivo en público, pues así lo ordenaba el protocolo, se permitió relajarse en presencia de su servidora y amiga. Mencía ofreció una rica silla tapizada en terciopelo carmesí a la Reina de Castilla, quien buscaba una conversación distendida, alejada de la etiqueta, con su vieja amiga. La ansiedad se había apoderado por completo del ánimo de su Majestad, pues aquello que se traían entre manos marcaría un antes y un después en la historia y sería decisivo en el reinado de los monarcas. Su ángel, su único hijo varón, su heredero, quien se había convertido en el prometedor príncipe Juan, se desposaría en pocas lunas y todo eso era poco para celebrar la boda del futuro rey de Castilla y Aragón.

 Mencía dedicó unas tranquilizadoras palabras a la joven reina Isabel, desde la experiencia otorgada por la edad. Ella conocía de primera mano la preocupación que albergaba en su corazón su regia amiga , pues el nuevo Condestable de Castilla se encontraba preparando, junto con el rey Fernando de Aragón y el príncipe Juan, la importante misión de recibir a la novia en el puerto de Santander: la archiduquesa margarita de Austria. Se trataba de la hija de Maximiliano, futuro emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, por lo que había que estar a la altura de las circunstancias, algo que aceleraba el pulso de la reina.

 A lo largo de su vida, Mencía de Mendoza había destacado por su gran autoridad, y buenamente, para la política en una Castilla desangrada por las guerras y, por ese motivo, su entereza fue de gran ayuda para la reina Isabel en esta empresa internacional, que significaba casar a su heredero con la hija del archiduque de Austria y, por ende, catapultar a Castilla al tablero de juego de las políticas europeas.

 Aunque la reina era la reina, la preocupación de Mencía no fue menor, pues su palacio, sede de la casa Velasco y Mendoza, albergaría la boda del siglo. Como Penélope aguardando a Ulises, Mencía seguía bordando con dificultad, pero no sin maña, jornada tras jornada, hasta la llegada de la primavera que trajo a la flor más esperada por toda la Corte: Margarita.

 Terminado el ceremonial en la catedral de Burgos, cabeza de Castilla, templo vestido para la ocasión con ricos paños de seda, oro y plata, de manufactura flamenca, corceles españoles blancos y de buena planta, escoltaban a los novios que saludaban a su pueblo como príncipes de Castilla y Aragón bajo un palio de damasco carmesí, hasta llegar al palacio del que era dueña y señora Mencía de Mendoza.

 La reina Isabel estaba radiante, recibió a los novios junto con su séquito, ataviada a la manera castellana, tan ricamente que era imposible imaginar algo mejor. Mencía, junto al condestable de Castilla, los reyes y los nuevos príncipes, disfrutaron desde el balcón del palacio de los juegos y entretenimientos celebrados en honor de los recién casados como augurio de un largo y brillante reinado.

 En un momento de jovial relajación, entre banquete y banquete, entre espectáculo y espectáculo, Margarita se acercó con muestras de agradecimiento al rico sillón donde descansaba la anciana Mencía que, con ayuda de su bastón, se levantó para reverenciar a la nueva princesa de Asturias y hacerle entrega de aquello que, luna tras luna, había bordado en el viejo bastidor heredado de su madre: un pequeño paño guarnecido con las heráldicas de los territorios que allí acababan de establecer una nueva alianza, como génesis de un futuro prometedor.

 Mencía, que había visto sangrar a su adorada tierra, por caprichos del azar y a pocos meses de su muerte, se convirtió en la anfitriona de la boda que cambiaría para siempre los designios de Castilla.

Relato Finalista

**RAMÓN PUEBLA LEBANIEGOS**

 JIMENA

 Jimena es una niña de ocho años, pequeña de estatura, rubita y de ojos castaños. Nació un frío día de enero, en Burgos, siendo su madre una joven burgalesa y su padre un sargento de ingenieros al que el devenir de las armas le llevó hasta esas tierras tan gélidas. El militar nunca se acostumbró a las temperaturas que estas tierras castellanas otorgan pues provenía de la mismísima Córdoba, antítesis de donde el destino le había llevado y lugar al que ansiaba volver con todas sus fuerzas.

 Ella, la madre, regentaba un pequeño hotel que había heredado de sus padres y al que mantuvo el nombre que sus progenitores le habían puesto: “Los Condestables”.

 La abuela de Jimena, parte importante en esta historia, nunca fallaba y acudía todos los días a la salida de su nieta del colegio. Juntas, caminando, en esa complicidad que tienen nietos y abuelos se dirigían a la cocina del pequeño hotel familiar para dar debida cuenta de los alimentos que había preparado la madre de la niña.

 --¿Tienes mucha tarea que hacer hoy?

 --Abuela, la “profe” nos ha pedido llevar documentación de un personaje famoso de la historia de Burgos para mañana.

 --¿Y has pensado en alguno?

 --Muchos niños han dicho que van a hablar del Cid pero la “seño” nos ha dicho que ese no valía y que deberíamos buscar alguno diferente y no tan famoso.

 --Podrías hablar de una mujer.

 --¡¿Una mujer burgalesa famosa?! –Exclamó la niña.

 --Por supuesto, hay muchas.

 --Claro… mi mamá es una de ellas.

 La abuela sonrió.

 --¿Por qué piensas que tu mamá es una de ellas?

 La niña mudó su rostro y se tornó serio.

 --Porque siempre está ocupada y no tiene tiempo para mí.

 Eso era cierto, su madre apenas veía a su hija pero es que el trabajo era mucho y la crisis económica había golpeado aquel negocio de manera inmisericorde.

 --¿Sabes de que personaje le vas a hablar mañana a tu profesora?

 --¿De quién, abuela?

 En ese momento se detuvieron ante la fachada del pequeño hotel familiar.

 --De la parte femenina de los Condestables.

 Jimena abrió los ojos pues desde pequeña aquellas dos últimas palabras que había pronunciado su abuela le eran más que conocidas, aunque desconocía qué significaban.

 --¿Abuela, y cómo se llamaba esa mujer?

 --Su nombre es Mencía de Mendoza y si te portas bien y comes lo que hoy te toca --la abuela sabía que los garbanzos no era lo que más le gustaba a su nieta--, esta tarde te llevo a ver dónde está enterrada y te cuento un poco de su historia.

 Aquel día Jimena no protestó y se terminó el plato que su querida abuela le había servido sin poner ni un reparo.

 Pasadas las cinco de la tarde, y después de que la niña durmiera la siesta, abuela y nieta caminaban por el interior de la catedral de Burgos con el destino más que definido: la capilla de los Condestables.

 --Jimena, aquí no se puede hablar en alto.

 Los ojos de la niña estaban a punto de salirse de sus orbitas. Todo la parecía precioso.

 --¡Qué bonito, abuela! --La mano de la niña apuntó a la tumba que preside la capilla--. ¿Mencía es ella?

 --Así es. Ambos son los condestables de Castilla. –La niña a punto estuvo de pasar por debajo del cordón que mantenía la distancia con la tumba e impedía tocar el mármol en el que están esculpidos los personajes--. Es Mencía quien mandó construir esta capilla para descansar eternamente junto a su marido.

 --¡Qué suerte!

 La abuela sonrió como únicamente lo saben hacer las abuelas.

 --Abuela…

 --Dime Jimena.

 --Mencía tendría que tener mucho dinero para construir todo esto, ¿no?

 --Claro, hija, su familia era muy poderosa y la familia de su marido también. Para que te hagas una idea te diré que por entonces mandaban casi tanto como los reyes y que muy cerca de aquí mandaron construir un palacio que hoy llamamos Casa del Cordón y al que otro día te llevaré a visitar.

 --¡Ala!

 --Y también tienes que decir a la profesora que Mencía, en ausencia de su marido, que se encontraba en la guerra junto al rey Fernando, se dedicó a gobernar los señoríos que ambos tenían.

 --Entonces igual que mi papá.

 La abuela esta vez no sonrió. La niña no conocía aún la verdad. Mejor así…de momento.

 --¿Y tuvieron hijos?

 --Claro.

 --¿Y les querían?

 --Pues claro. Mucho.

 Se hizo un silencio el cual la abuela supo rápidamente a qué se debía. No debía seguir por ese rumbo la conversación.

 --Vamos a casa hija que tienes que hacer la tarea para mañana enseñársela a tu profesora.

 La niña apenas habló hasta que llegó la cena.

 --Abuela, mañana le diré a mi profesora que mi mama se parece a doña Mencía de Mendoza.

 La sopa humeaba en el plato y Jimena con la cuchara mareaba los fideos sin decidirse a introducírselos en la boca.

 --¿Por qué dices eso hija?

 --Pues porque mi madre también tiene muchas responsabilidades desde que mi papá ya no está con nosotros. Aunque… yo no quiero una mamá como Mencía que hiciera tantas cosas como me has dicho.

 --¿Y eso?

 --Yo prefiero una mamá que juegue conmigo.